

antesydespuésdelHubble

# Propagación de la luz

## Crónica en infinito

Beatriz F. Oleshko

Treinta y seis imágenes consecutivas de una mujer parcialmente desnuda, fotografiada por Eadweard Muybridge e impresas en fototipia en 1887.  
(Imagen: Universal History Archive / UIG by Getty Images)



—TE MERECE UN SOL— me dijo el demiurgo para después soltar mi mano y desintegrarse. Yo entraba en la adolescencia cuando una madrugada se sentó al borde de mi cama. Platónico, deposité mi fe en él: la creación y armonía del universo eran su tarea.

A punto de cumplir dos décadas de espera llegó mi merecido.

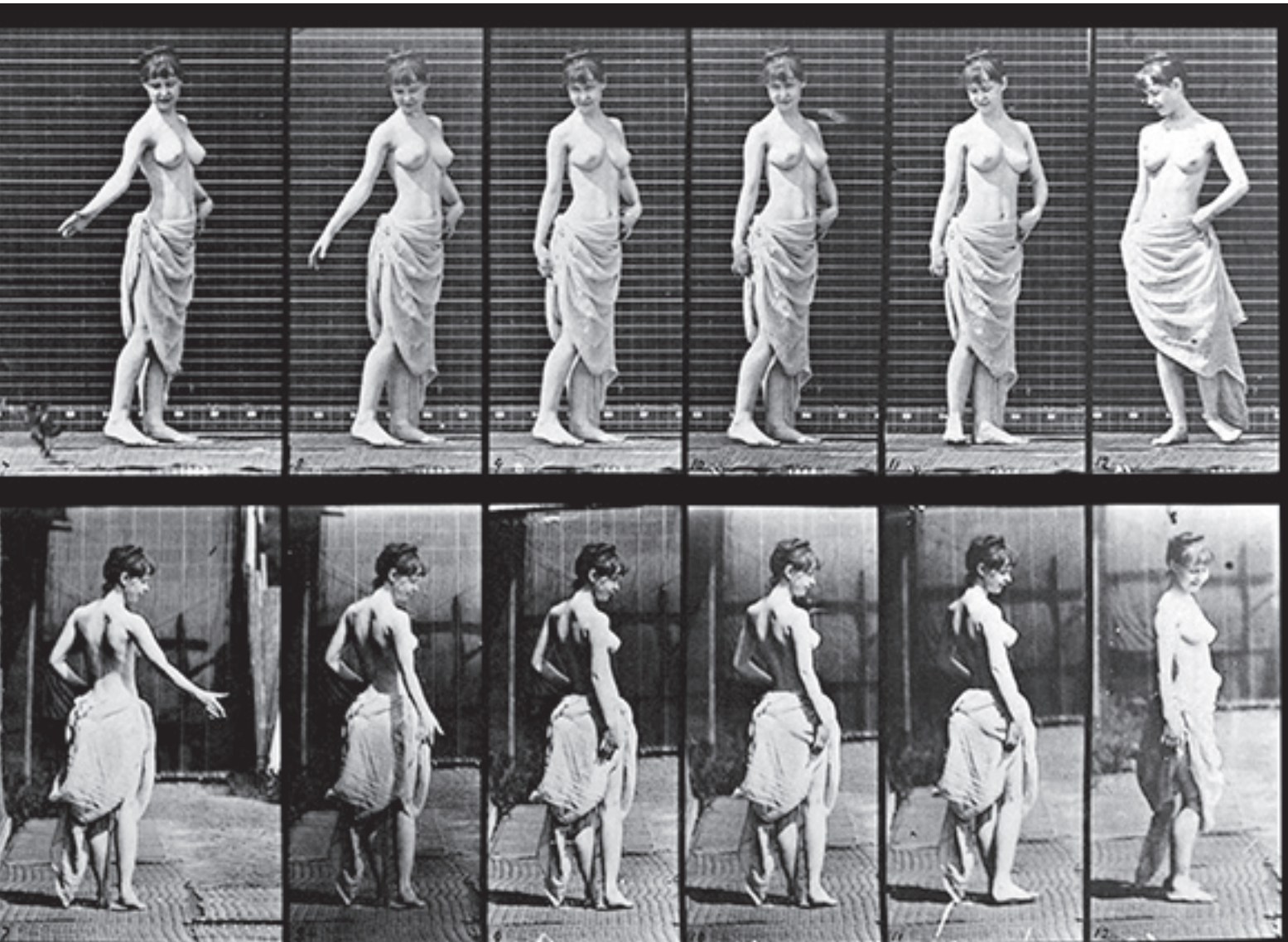
Se llamaba Luisa, antes de cumplir la mayoría de edad y cambiarse el nombre por el de Louisa.

—¿Y eso?— le pregunté para calmar sus ansias de decirme las razones que la motivaron a tomar una decisión de tales dimensiones.

—Numerología. Luisa no está en sintonía con el universo.

### 1. Luz

La trayectoria de los rayos del sol me señaló que se trataba de ella. Rectilíneos, se fusionaban con la silueta de Louisa. Su cabello, piel y dientes emitían una energía tan radiante como el astro del que el demiurgo me había hecho meritorio. Vislumbré el tatuaje de Tara, diosa india que simboliza la luz y amor eterno, que ascendía por el cuello de Louisa hasta llegar al vórtice de su cabeza como la señal definitiva enviada por el alma universal.





## II. Cuerpo luminoso

Una tarde, sentado en la terraza de un café, escuché a alguien exclamar a mis espaldas, con la ligereza de la alegría:

—Los envuelvo en mi luz.

Me di la vuelta y la vi. En tanto mis ojos iban camino a cerrarse, vencidos ante su irradiación, caí en cuenta de que Louisa estaba por marcharse. Estudié la situación. Me incorporé de la mesa de un salto y me dirigí hacia el empleado del *valet parking* para tomarlo del antebrazo con una mano, situar la otra en su cuello, darle una zancada y, con un movimiento de cadera, lanzarlo tras una jardinera.

—¿Cuál es su auto, señorita?— pregunté a Louisa.

—El cupé amarillo— respondió mirándome con sus tres ojos, uno de ellos alineado con el centro de su frente.

Al entregarle las llaves del auto, me encomendé al demiurgo.

—A sus pies, señorita— le dije mientras la veía resplandecer.

Louisa me invitó a subir a su auto. Después, a su departamento. Una vez dentro, me alimentó.

—Acábate la leche— ordenó.

En cuanto di el último trago, Louisa me tomó de la mano y, entre la penumbra, me guió hasta el tapanco

volado sobre su sala. A pie del futón, Louisa colocó su palma a la altura de mi plexo solar y me hizo caer sobre la colchoneta.

Una vez que recobré mi centro, Louisa se hincó frente a mí y me quitó los zapatos. Por un momento creí que lavaría mis pies. En lugar de ello, me invitó a recostarme y alineó mis piernas como a las de un cadáver dentro de un ataúd. Satisfecha con el resultado, Louisa me cubrió con una manta.

Cerré los ojos y simulé dormir, entregándome a lo que creí que era su deseo. Quemado por el silencio, entreabrí un ojo y vi a Louisa desnuda. Estaba parada a un costado del futón. Sin dar tiempo a mis pupilas de expresar impresión, Louisa brincó sobre mí cual vaquero que monta a un toro en el rodeo. Quitó la manta y la aventó sobre mi cara, dejándome a oscuras. Escuché el sonido de mi bragueta descender y la sentí penetrarme. Por la mañana, poseído, le confesé la verdad:

—Amagué al empleado del *valet parking* para conocerte. Yo no soy más que...

—¡Un romántico!— exclamó.

Acto seguido, Louisa rodeó mi quijada con sus manos y traspasando mis ojos, dijo:

—Te envuelvo en mi luz.

Para recibir mi declaración de amor como respuesta.



### iii. Cuerpo iluminado

La energía luminosa de Louisa logró imponerse ante la noche que me había seducido a lo largo del tiempo en el que esperaba su llegada a mi vida. Un mes después de conocerla, corrí el medio maratón de la Ciudad de México. A los seis meses, lo completé en la Ciudad de los Vientos. En Navidad, Louisa me regaló una camiseta cuyo estampado pavoneaba: “No soy corredor, nadador ni ciclista. Soy triatleta”, preámbulo de lo que estaría por venir.

Hasta que llegó la noche en la que el deseo carnal me despertó. Salí de puntillas de nuestra habitación en busca de una pieza sangrante con la cual saciar mi apetito. Al amanecer, el movimiento conejuno de la nariz de Louisa me hizo abrir los ojos. Exaltada por el subidón de proteínas absorbido de mi aliento, sentenció:

—La violencia habita en tu cuerpo. Huelo a un animal dentro de ti.

El fuego que encendió en mi interior me hizo saber la inminencia de su marcha.

—No te vayas— supliqué.

Compasiva, Louisa se hincó ante mí como aquella primera vez en la que me había descalzado. Colocó la palma de su mano frente a mi miembro, que apuntaba hacia su tercer ojo, y oró:

—Así, desnudos, como llegamos al mundo, absorbo tu dolor y se lo entrego a la tierra.

Luego de frotarse las manos, se fue.

### iv. Propagación

Pasaron los meses. No hubo día en el que dejara de suplicar al demiurgo que me revelara la razón de ese merecido.

Un amanecer cuya borrachera no logró cortar ni con una docena de tacos al pastor, volví a mi departamento. Insomne, rodé hasta la computadora para encontrarme con el nombre de Louisa iluminando la bandeja de entrada de mi correo electrónico. “Mi hoy”, era el asunto:

Desde mi centro, te platico que las cosas han cambiado desde la última vez que nos vimos. Conocí a un ser luminoso que me guió hasta desearte vivencias llenas de luz. Mientras las encuentras, te envuelvo en las mías.

Louisa

Agaché la mirada entre derrotado y sumiso para descubrir que una loncha de taco al pastor había quedado adherida a mi camiseta a la altura del ombligo. Escarbé hasta desprender el trozo de pastor. En lugar de una mancha, encontré una mirilla, dentro de la que me asomé y vi la luz propagándose en mi vacío. **▲▲**

